

Abigail Meza-Peñaloza

*"Yo, a los 12 años,
quería ser Hare
Krishna"*



Abigail Meza-Peñaloza nació en la efervescencia de la contra-cultura de finales de los sesenta. Por ende, le caracterizan un gran corazón, una determinación infalible y un gusto marcado por la libertad. Aunque siempre le encantaron las historias y las culturas antiguas, se especializó en estudiarlas a partir de la relación entre el cuerpo humano y su entorno en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) a mediados de los ochenta. La osteología humana se volvió su tema de interés principal a partir de la Maestría. Es bioantropóloga por la ENAH y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Ingresó al Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA) en 2004, ya desde ese entonces destaca como profesora y asesora de muchas tesis. Los estudiantes saben

que su puerta está siempre abierta para pedir un consejo. Es responsable del Laboratorio de Osteología del IIA desde octubre de 2011 y un vínculo entre la bioantropología mexicana y la de otros países. Gran investigadora en paleopatología, especialista en analizar las relaciones de parentesco entre personas a partir de variables no métricas craneales. Una de las referencias principales de estas disciplinas en México.

Mi primer trabajo como antropóloga fue de peón en una excavación, en los noventa, que ya había terminado la escuela. Todavía no me titulaba, pero una amiga y yo andábamos buscando trabajo. Un compañero de la generación ya estaba trabajando en una excavación en el edificio de relaciones exteriores en Tlatelolco. Era un salvamento arqueológico. Entonces, le dijimos: –Oye, ¿no nos puedes conseguir trabajo? Los arqueólogos encargados del sitio le dijeron: –¿Son antropólogas físicas sin experiencia? Pues que se chinguen, si quieren trabajar, que entren como peones. Entonces, ya, entramos como peones. Mi amiga no aguantó ni una semana. Yo sí estuve yendo como dos o tres meses y un sábado, día de raya, que estaba yo ahí formada, uno de los peones así, muy lindo, me dijo: –Oye, mi tío es cabo de obra, que es como el siguiente nivel, ¿quieres que te consiga trabajo de secretaria?– A él se le hacía de lo más raro que yo estuviese allá excavando. Porque en México, en general, la tradición de los arqueólogos no es excavar, es estarles diciendo a los peones desde arriba qué hacer, y a mí, la verdad, me encanta excavar.

Esas fueron sus primeras prácticas.

Abigail con su amiga de carrera, Socorro Báez, durante el Coloquio internacional de Antropología Física Juan Comas (Campeche, noviembre 2005, fotografía de Jorge Gómez Valdés).



En este momento salieron los primeros artículos y capítulos del francés Henri Duday sobre lo que en aquel entonces se llamaba “antropología de campo” y que ahora nombramos arqueotanatología: la identificación e interpretación de los gestos funerarios a partir de los contextos mortuorios. Esta consiste en saber interpretar la tafonomía, es decir, los procesos que con el paso del tiempo hicieron que se modifique. Los aportes principales de los franceses en ese sentido fueron identificar la secuencia relativa de dislocación de las articulaciones del cuerpo y los efectos de los continentes y de los artefactos sobre el conjunto óseo: eso permite restituir la posición original del cuerpo; definir si la descomposición tuvo lugar en un espacio vacío o si el cuerpo había sido cubierto de relleno después de su depósito; identificar si éste fue de un cadáver original (depósito primario) o de huesos (depósito secundario). El enfoque de la escuela francesa resalta la importancia de las observaciones *in situ*, de un registro sistemático y detallado. El acercamiento bioantropológico de los restos esqueléticos en el campo arqueológico tiene muchas ventajas: entre ellas, más allá de remitir a ciertas prácticas funerarias y de allí revelar elementos culturales, poder en ciertos casos distinguir patologías esqueléticas de las alteraciones inducidas por el medio ambiente e identificar la cronología de los depósitos en los casos de sepulturas plurales.

Me quedé así, clavadísima con todo el rollo de la antropología de campo. Trabajé en otro salvamento, el de la línea 8 del metro, y empezaron a salir un montón de esqueletos, los del Hospital Real de San José de los Naturales, que fue el primero que se fundó para indígenas en la capital de la Nueva España en 1531.

Éste era como un cementerio, una fosa común de la Colonia, había una primera capa de puros huesos dispersos, se ve que habían reutilizado el espacio, habían sacado todos los esqueletos que ya estaban, semiarticulados, desarticulados e hicieron esa mega fosa, metieron a los nuevos muertos que están así uno sobre otro, en una fosa común. Después, volvieron a rellenar con todos los esqueletos desarticulados. Cuando yo llegué a trabajar, no estaban registrando todo eso, porque decían que no tenía sentido. Fue un pleito espantoso para decirles: –No,



Abigail excavando en Los Mogotes como parte del proyecto de la Universidad de Arizona, a cargo de Christopher Morehart (Estado de México, julio 2018).

necesito dibujos de todo esto, tengo que fotografiar todo esto, porque este proceso de descomposición cadavérica no es normal; aquí se ve que hubo diferentes momentos de ocupación. Fue un problemón convencer a los arqueólogos y a los arquitectos y a los ingenieros. Además, en pleno centro histórico y en época de lluvias, todo eso se inundaba. Por ello pedimos que nos pusieran lonas y después empezaron a decir que queríamos las lonas para que no nos diera el sol. No era cierto, lo que queríamos era proteger los esqueletos de la humedad y de los cambios de temperatura. Entonces, allí nos pusieron el apodo de “Las reinitas”, decían: –¿Y ahora qué quiere mi reina?

Además, la arqueología mexicana está basada en lo prehispánico y eso era colonial, entonces no les interesaban demasiado. De hecho, la antropóloga física que trabajaba en el salvamento arqueológico decía que no tenía sentido excavar, ni guardar ese material porque era colonial, y con quien hice el mejor trabajo fue con los peones; les expliqué, les dije por qué era importante, por qué queríamos que se hiciera por capas, pero respetando sobre todo los esqueletos, por qué quería yo que todo se fuera limpiando. A veces tenía que llegar yo antes que los ingenieros o los arqueólogos, porque si no, ellos les daban la orden a los peones de que levantarán todos los huesos en registro. Fue frustrante, pero fue mi mejor entrenamiento de excavación.

A pesar de los retos, la vehemencia y convicción de Abigail permitió conservar más de 400 esqueletos completos y cientos de huesos que están ahora en la ENAH. Los informes, en los que muchos estudiantes de la ENAH basan sus tesis, los hicieron Abigail y su amiga de siempre, Socorro Báez.

Además de ser reconocida en el campo arqueológico, Abigail es una referencia en la antropología física mexicana por su conocimiento en paleopatología: *“Durante todo el proceso de curaduría de la colección del Hospital Real de San José de los Naturales, aprendí paleopatología. Unos de los casos más impresionantes de treponema, que son los que han publicado, que efectivamente es treponema, esos a mí me tocó diagnosticarlos. Unos casos de tuberculosis también impresionantes, así con la cadera fusionada”*. En esa época en la UNAM y la ENAH se hacían talleres de antropología biológica, a los cuales se invitaba a gente importante, como Julie y Frank Saul, los famosos padres de la osteobiografía, a quienes conoció cuando estaba analizando ese material y pudo discutir con ellos: *“Ahí fue donde más aprendí y logré afianzar mis conocimientos al hablar con ellos directamente. Por correo, Douglas Ubelaker me mandaba los sobretiros de sus libros. Tim White vino a México también y fue a decirle a quien era mi jefe que me tenía que dar más apoyo porque lo que estábamos haciendo era muy bueno”*.



Abigail (centro) con estudiantes de la ENAH en el sitio Balcón de Montezuma: Sebastian Santamaria, David Roldan, Shunashi Bustamante y Andrea Villegas (Tamaulipas, 2011).

Cuando era chiquita, Abigail quería ser egiptóloga:

Me gustaba mucho la historia, los griegos y los egipcios. Me tocó una cosa muy padre en la escuela, creo que porque no me llevaba bien con la maestra de historia, me seleccionó para no tenerme en la clase. Había unos programas en los que te llevaban y te daban clases en el Museo de Antropología. Ibas al museo y en cada sala te daban allí una clase. Aprendí mucho. Eso fue lo que me abrió los ojos.

Cuando ya estaba en la preparatoria, seguían siendo de mi interés los griegos. De hecho, el último año tomé humanidades como área de especialización, aunque me gustaba mucho biología. Pero para ese entonces quería estudiar Letras Clásicas. Sabía latín e intenté con las letras clásicas, pero no me gustó porque la formación en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM es para que seas maestro de etimología. Me fui a la ENAH con la idea de estudiar etnología o arqueología. Pero en el propedéutico, el arqueólogo que estaba dando la plática me deprimió mucho, porque lo primero que dijo en el auditorio: –No hay trabajo, no hay trabajo. Ni se metan de arqueólogos. Aparte, soy la más desorientada del mundo, entonces, ya cuando me pusieron a leer mapas y a dibujar, dije: –No, creo que no es lo mío.

La etnología me interesaba mucho, porque siempre me ha apasionado el tema de las religiones, porque en mi familia hay muchas religiones distintas. Cuando estaba en la secundaria, yo ya había decidido ser Hare Krishna. Me había topado con unos Hare Krishnas, que me habían dado los folletitos. En esa época, era muy divertido, todavía mandabas cartitas. Escribía al centro, que estaba en Ciudad de México, me mandaban mis libritos y me decían: “Ya estás lista para ingresar con nosotros”. Cuando supieron que tenía doce años, dijeron: “Bueno, te tienen que firmar este documento tus papás”. Pero cuando le dije a mi papá: –¿Firmas esta carta?, a mi papá le dio el infarto, me dijo: –Estás loca.

Finalmente, nunca se me quitó ese interés por las religiones. Entonces, ya en la ENAH, justo para mí, lo más cercano era ser etnólogo. Pero en esa época, etnología en la ENAH eran ocho semestres de El Capital. Por eso no me metí a etnología. Así que cuando vi el plan de estudios de antropología física, que tenía parte de biología y parte de antropología, dije: “Pues allí voy”. Quién me estuvo dando muchas de las clases de antropología física, era una filósofa llamada Oralba Castillo que era como hijita cultural de Althusser. Las clases que impartió de filosofía de la ciencia eran tan buenas que finalmente me decidí por antropología física, porque tenía la idea de que así podría hacer más cosas de biología y cultura.

Después de la licenciatura estuve saltando siempre de salvamento en salvamento, hasta que finalmente entré a Antropológicas.

Fue en el Instituto de Investigaciones Antropológicas donde Abigail desarrolló aún más su interés por la osteobiografía, la disciplina que trata de revelar elementos tanto íntimos como culturales directamente a partir de los huesos. Entre otros temas, trabajó con los caracteres no métricos craneales para evaluar la distancia biológica entre personas sepultadas en Teotihuacán. Gracias a eso y de nuevo, a contra-corriente de lo que se pensaba en la arqueología, pudo revelar que los cráneos usados en la antigüedad teotihuacana como objetos cotidianos procedían de gente local.

Ya en la UNAM, como nueva investigadora, Abigail fue el “caballito de batalla” del grupo de investigación de Antropología física por varios años, dirigiendo y asesorando decenas de tesis, dando clases o siendo miembro de varios comités.

Al final, Abigail no volvió a comprometerse con los Hare Krishnas pero sí se comprometió con los muertos y la historia tanto cultural como personal que sus huesos han plasmado. A lo largo de su carrera, Abigail no sólo ha sido una experta en análisis bioantropológicos y paleopatología, también sigue siendo una defensora incansable de la importancia de preservar los contextos mortuorios arqueológicos. En el 2025, co-organiza el primer diplomado de arqueotanatología en México que se impartirá en conjunto con algunos de los miembros de la escuela francesa que le dieron la chispa por esta disciplina. Este proyecto refleja su continuo interés en la investigación interdisciplinaria y su deseo de compartir sus conocimientos con las nuevas generaciones.



Abigail con “Pancho Villa” durante el Coloquio Internacional de Antropología Física Juan Comas (Durango, noviembre 2015, fotografía de Federico Zertuche).

Ciudad Universitaria, abril 2025

Texto: Alizé Lacoste Jeanson

Coordinación editorial: Ada L. Torres Maldonado.

Diseño y elaboración: Nohemí Sánchez Sandoval

Corrección de estilo: Adriana Incháustegui López y Priscila Saucedo García